

POESÍA

¡A GALOPAR POR LAS SABANAS!

Poesía peruana del siglo XX (de paso al XXI)

HILDEBRANDO PÉREZ GRANDE*

Quisiera compartir con los lectores de *Actual* una muestra de la más reciente poesía peruana: aquella cuyas resonancias se enraízan en la escritura del siglo XX y se abren con un brío inusitado en los albores del XXI. He aquí una aventura lírica que desde sus inicios tiene sus paradigmas literarios en las voces fundadoras de José María Eguren (Lima, 1874-1942) y César Vallejo (Santiago de Chuco, 1892-París, 1938), con quienes el discurso poético del Perú alcanza universalidad y que posteriormente se enriquece de manera notable en la cantera alucinante de la vanguardia latinoamericana y de manera especial con las búsquedas lúdicas y febriles de Carlos Oquendo de Amat (Puno, 1905-Navacerrada, España, 1936) y sobre todo de César Moro (Lima, 1903-1956), acaso el más ortodoxo de nuestros poetas surrealistas y los hallazgos del ya célebre Emilio Adolfo Von Westphalen (Lima, 1911-2000).

En las páginas siguientes encontraremos una selección de poemas que se han editado dentro y fuera del Perú en el último lustro; textos que pertenecen a autores de diversas promociones como las prestigiosas

* Taller de poesía de San Marcos. Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Perú)

generaciones del 50' y 60', así como de poetas de la nueva hornada. Recientemente la poesía peruana ha merecido el reconocimiento internacional en el ámbito de nuestra lengua: Arturo Corcuera (Salaverry, 1935), ha obtenido el Premio de Poesía Casa de las Américas 2006 (con un libro aún inédito) y Carlos Germán Belli (Lima, 1927), el notable autor de "¡Oh, hada cibernética!", quien, en mérito a su espléndida obra poética ha sido distinguido con el consagrador premio Iberoamericano "Pablo Neruda" 2006.

Bien entendido, algunos poetas, de reconocido y exitoso perfil estilístico, han mudado su lenguaje, sus temas, sus ritmos, sus sistemas expresivos (Cisneros/Delgado/Watanabe/Dreyfus), mientras que otros han afinado más aún sus voces dotándolas de mayor hondura e intensidad lírica (Martos/Burgos/Montalbetti/Cristóbal) y se percibe las búsquedas de un acento propio en los más nuevos como Urdanivia y Chirí. Todos ellos sin duda apuestan por la renovación de su poética: sana actitud para no caer en el facilismo y en la reiteración que podrían empañar los logros alcanzados en sus valiosas obras anteriores.

He aquí, pues, un manojo de poemas que buscan desbordar no sólo los límites de una tradición poética de carácter aparentemente nacional: son textos que procuran conquistar otros espacios, otros lectores, como ustedes, amigos de Venezuela.

• ELQUI BURGOS

Réquiem para Edgar Lee Master

cómo nos reíamos
de tus malos versos
edgar
y qué aburrimiento
con tus novelas
nadie para defenderte
" pobre diablo
nadie creía en ti
"malgasta su vida ..."
sobre todo nosotros
héroes involuntarios de tu antología
un pueblo
sin memoria
sin ninguna virtud
y tú el terco
sobrevivo como puedo
el tinterillo
a cambio de un poco de ternura
escribiendo / escribiendo
mis amigas me becan
malidicentes entre nos
para escribir mi utopía
vaya tipo
vivo
sin fe / sin ley / sin talento
ah insólita alquimia
la del ocio y el verbo
de barro y excremento
/ maravilla de la creación /
pétalos de luz desperdigados en el desierto

una locura
la única
capaz de librarnos
de este gran olvido
que es la muerte
«réquiem aeternam dona eis...»
muertos de la colina
perdonémosle / perdonémonos
y sea esta corona de crisantemos
nuestro homenaje
triste y efímero
como la vida
póstuma
de nuestras vidas
en la antología

Cementerio de Montparnasse

ni los crisantemos
que ardían
sobre la nieve
de otras tumbas
te pertenecen
pero qué bien se te ve
el más pobre de tus servidores
en la foto
señora
con tus flores
sí el más pobre y el más humilde
robadas
por los escasos versos que tú le dictaste
que hasta contentos salimos

por el privilegio señora
del cementerio
de el alma habérmela incendiado
sin saber si sólo
guiándome de la mano a lo largo de la vida
ladrones éramos
gracias te da señora
o cristos mancos
por morir
escondiéndonos
pronunciando tu nombre
en nuestros abrigos
señora
orgullosos sí
de semejante
travesura

• JUAN CRISTÓBAL

D. Segundo rezo

Huacas, Huacas, mis adorables y milagrosas Huacas.

He aquí vuestro ilustre sacerdote. Nacido al mismo tiempo que los rayos, que los colibríes temblando en las haciendas atormentadas de los dioses como mensajeros posesos en el agua.

¿No me reconocen? ¿No reconocen mi corazón practicando el silencio de los sapos? ¿La razón inconcebible de los llantos? ¿La extirpación codiciosa de los pastos?

Ved, entonces, mis manos, crucificadas en el viento, en los humos cotidianos de la casa, repartiendo coca, sebo de llama, conchas mannas, restos de huesos y plumas de aves de infinitos colores con el fin de reconocer a mis familiares en la nieve y a sus espectros en el aire.

Ved mis ojos. Perdidos y ojerosos entre las apachetas del camino, parecidos a los de ese monstruo de barbas y orejas largas como burros, que gustaba hablar exclusivamente de la muerte en las lagunas despobladas de los bosques, después de danzar cuatro mil veces en el día mirando los zapatos y las ropas agujereadas de los niños.

Ved mis huellas. Atontadas por esas bestias inmoladas en el fuego de los apus, en el canto petrificado de las aves, y enloquecidas como perros en el cuchillo sangriento de lo extraño, que no tuvieron más remedio que sentir el ahogo y la agonía de las llamas, cuando, después de darles de comer y beber y bañarlas en esa pileta de piedras milenarias, donde los cuyes miraban el sol y todos mirábamos la tierra, tuvieron que morir, inevitablemente que morir, junto a cientos de jovencitos que, sin mirar una mancha o pecado por el cielo, soñaban con las últimas historias de la noche. En esa tierra, repito, donde el sol la poblaba de cereales y los forasteros la cortaban como cerezos en el alba.

Finalmente, ved, mi rostro, mi alma, untados con la sangre de los eternos sacrificios. Mi canto, bañado con la dulzura de las quenas y las remolonas chirimias, con el único propósito de curar la soledad de los enfermos, adivinar la suerte de la guerra o disminuir la fuerza de los truenos, diciendo en cada adoratono de los búhos o en cada cena de los pueblos: "Aquí vengo para entregarles las

estrellas más dulces de la playa, los musgos y las arañas de la calle, las primavera más hermosas de los cerros”.

Y si nada de esto es verdad o fuese verdad en los calendarios idolatrados o desalmados de la historia, no importa. Yo seguiré fecundando los vientres de las vacas, los lunares cancerosos de las momias. Y todos seremos uno en la gravedad de la alegría o en la rabia de los pumas, como cuando los forasteros adoraban en la noche los colores sagrados de la chicha tanto como las sombras escuridizas de la iglesia.

F: Tercer rezo

Río Purucayo, padre de todas las serpientes y batallas
de todas las codicias y rigores.

¿Qué haces vomitando tus secretos
entre las nubes milenarias de la aurora?

¿A quién tratas de asustar, con tus viejas tempestades,
escupiendo arañas, troncos y matorrales como cancha?

¿Acaso ya no tienes compasión por los vientos de la aldea,
por los surcos de la rosa, por los manantiales de la historia?

¿O es que ya no recuerdas cuando niños, todos te amábamos
en el barrio, y nos tomábamos fotos en tus piedras
mientras dibujábamos en el cielo tu sonrisa?

Es verdad, yo no he conocido el pudor de tus mañanas,
ni la serenidad voraz de tus ortigas,
pero sí tus latidos en el horizonte de mis años

Y los conocí –te cuento– de una manera inacabable,
no como ahora en que todo prontamente se termina
y los sueños son solamente un encanto de la lluvia,
un templo a punto de caerse al infierno de los días.

Pero no importa, padre de todas las batallas.

Yo me quedo con la fuerza de tus aguas,
con tu estrella que no se opone
al corazón de los venados.

ni a las leyendas de la hoguera,
ni a la imaginación tenaz de los olvidos.
Pues todo sigue estando en ti a pesar de que ya no eres
el mismo que fuiste (antaño) en las quebradas
cuando tus palabras era la misma voz en los nevados.
Lamentablemente, vuelvo a llegar tarde a tus miradas,
a las chimeneas profundas y jubilosas de tus huellas.
Pero esto, tampoco importa. Pues el morir, mi querido río
Purucayo, es solamente un tránsito en la vida.

H: Cuarto rezo

Padre Sol, tú que conoces la vida y todos los destinos,
y que has sufrido las peores inclemencias de la tierra,
los peores castigos de los hombres, las más atroces
necesidades de los vientos,
No me vengas que vas a llegar tarde a la víspera del cielo,
a sufrir, con los animales desaparecidos en la niebla,
los últimos y menudos aguaceros de la luna.
Recuerda: el tiempo se desvanece en el corazón de los ausentes
y cada colibrí, si desea entregarnos los mensajes,
no debe quemarse, tontamente, en la sequía de los mares.
No me digas que no conoces las montañas,
los riachuelos de los cerros, los cóndores del aire,
al que se escondió detrás de los comienzos
y su vida fue la misma incertidumbre de los gallos.
No te olvides, tú existes, padre Sol, en todos los ojos y
techos de las celdas, en cada palabra del proscrito,
en cada condena o mirada del enfermo,
Pero sobretodo, y machácatelo bien en la cabeza,
en tu cabezota de niño consentido,
existes, porque todos te queremos, y temblamos de alegría
cuando te escuchamos levantar árboles y flores en el bosque.

Y si tuviese que añadir algo más a estas razones de milagro,
a estos juicios indoblegables de ternura,
diría: existes, porque jamás te has dejado cojudear
por los resplandores de los dedos.

Por eso, yo te pido, desde esta desventura alegre de mi oficio,
ahora que vivimos
los días más desfigurados y trajinados de la historia,
que jamás me ocultes los cantos de los grillos,
y que llegues siempre a tiempo, especialmente
cuando la soledad nos mire, con su cara
de espantapájaros podrido.

No es verdad, como dicen las malas lenguas en el día,
desde esa otra orilla injusta y chismosa de los ríos,
que la tierra se ha enfriado y que tú
ya no tienes nada que hacer en este mundo
enrevesado de llantos y tiranos.

Al contrario. Como ves, sobre el lago flotan los cadáveres,
y hoy es cuando más te necesitamos.

Porque tenemos la certeza, la indubitable certeza de los tiempos,
que la muerte ronda como una lagartija por todos nuestros huesos

Una visita arqueológica

No sé por qué razón, pero él estaba afanado en que mostrara un miedo pavoroso ante la vista de ese cerro naranja, crecido y arrumado como un caballo muerto entre los arrozales. "¿No sientes que te devora el alma?", me decía y yo atinaba apenas a decirle que no y protegerme de los rayos del sol y la ventisca que viene de los fardos funerarios. Después, bajamos a la playa y dimos cuenta de un plato de cangrejos, mientras él insistía en sus rituales, más bien aparatosos, despojados de toda compasión. Y no cejó, hasta la hora calma de los tumbos que se anticipa a las mareas altas. Los muertos, sin embargo, seguían en su sitio, holgados, bien dispuestos y armoniosos. Mi pobre alma inmortal, a pesar de las salmudias y el bochinche, permanecía intacta como el sol o un cactus venenoso. Una moto veloz brilló, de pronto, entre los algarrobos negros de la noche.

En el bosque

Adónde se van las bicicletas, si no es a los suburbios de la arena mojada. Un barco ballenero perdido en la neblina. Una casona con mamparas de vidrio y un terraplén azul. Son las cosas del mar y ya no tienen la menor importancia. Al otro lado, en cambio, a cuadra y media de la panadería y a dos de la botica, se extiende una foresta interminable, repleta de tortugas y una que otra lechuza colorada. Debajo del ramaje, el aire es negro como una piel de foca. El reino de las sombras tan temido. Allá voy. Igual que un chancho viejo camino al matadero. Ancas de jabali (cerdo peruano) y el dolor en la nuca que anticipa el tajo de la muerte. Y sin embargo, todo

ese gran dolor sería lo de menos, si no fuera porque al volver los ojos al poniente, aparecen mis hijas, a lo lejos, en medio de la luz y los geranios. Entonces puedo verlas, atisbarlas, perdiéndose en la hierba para siempre, cada vez más lejanas, tan hermosas, con su faldas floreadas y sus limpios cabellos secándose brillantes bajo el sol.

El vuelo del murciélago

2

Ahora está más clara la postal. Al fondo del paisaje se revuelven, veloces y agitados, contra el altar mayor. Las sombras de sus alas desordenan los pechos azulinos de la novia. Pero la novia, tabernáculo cegado por la felicidad, ni mira ni los ve. Son dos o tres murciélagos, pequeños, es verdad, pero más persistentes que las moscas borrachas en medio del verano. Se estrellan en su vuelo a la deriva contra los arrecifes y los montes que sostienen la nave principal. Se hacen puré. Mira, dijiste, una bandada de palomas torcazas después del aguacero. Puedo reconocerlas. Igualitas. Con el mismo plumaje tornasol, allá revoloteando sobre los matorrales succulentos del valle del Mantaro. Es el instante de la consagración. Allá revoloteando, entre la aureola de los recién casados, sus frágiles membranas cubiertas de pelusa, su corazón de palo, sus colmillos.

Memoria de punta negra

Después de medio siglo, regresan esas playas amarillas de grandes remolinos y tumbos transparentes. Ahora puedo ver el rostro de la Virgen (Estrella Vespertina, Ancla de Salvación) entre los cables de la electricidad. Una casita, a medio construir, bendita con botellas de cerveza y el sacrificio de algún modesto buey. Ahora puedo ver las aves migratorias que vuelven a las torres del mercado medio siglo después. La bomba de agua. Un inmenso camión de coca-cola y los acantilados creciendo entre las ratas y las veredas rotas. Puedo ver muchas cosas, es verdad. Pero tan sólo los grandes revolcones en la arena, con mi primer amor, ocupan el paisaje tembloroso. Dos cuerpos de alabastro, pegajosos como una lagartija, repletos de mugidos. Igual que la rompiente en la neblina.

• SANDRO CHIRI

Breve nota de Franz Kafka
a Max Brod

¿Qué me ha sucedido?

Franz Kafka

Querido Max:
Estoy al borde del abismo
y tú lo sabes.
El abismo tiene el color de Praga
cuando llega la fiebre del verano.
El abismo es la desesperación
y el horror,
una mezcla que no te recomiendo
a ti, poeta.
Me han contado que el verano,
allá en Sicilia, tiene el color
de Milena cuando ella
me sonreía enamorada.
Yo quiero que Milena viva feliz,
sin verme sufrir en
esta miserable pocilga;
por eso, Max,
con el cariño que te tengo,
te ordeno que quemes mis cartas.
Quémalas sin hacer mucho humo,
que el fósforo se encienda
rápido como el corazón
de nuestras amigas,
tontas y joviales.
No te olvides tampoco de mis papeles, Max
Quiero que arrojen sus lenguas
de fuego

como las palabras
que el rabino
escupe cuando se embriaga.
Recuerda que mis palabras fueron árboles caídos.
Que no quede nada,
por favor,
ni el más leve pálpito.

Sé cuidadoso al arrojar
las cenizas al río y al viento.
Que no quede nada,
te digo,
nada de esta vida
ni de esta sangre
que recorrieron
las tardes de otoño.

Oración

Señor, mis amigos quisieron
que me inscriba en el Partido Comunista,
pero yo tan sólo tenía 18 años y el pelo largo.
Mi padre me dijo: "Haz lo que quieras,
pero lee primero a Shakespeare"
Desde entonces, Señor, no visito el templo
ni escucho la prédica del cura.
La Virgen María me mira desde lo alto
y desliza una suave sonrisa adolescente.
Tú sabes, Señor, que reniego
con mucha frecuencia de la fe;
sabes que dudo de Ti y de toda tu cofradía,

pero Tú también te ríes
como quien dice "Ah, muchacho,
aún sigues teniendo 18 años
y el pelo largo".

Hoy estuve arrojado a mi suerte
en una camilla de enfermos
y vi que la gente muere
con una oración en los labios.

Estos hospitales son horribles.

A cualquier hora, Señor, un niño
deja de respirar. Hoy estuve tirado
como un cadáver y tembí como un cobarde.

Apenas me atreví a balbucear tu Nombre.

• MAGDALENA CHOCANO

Todavía siento...

Todavía siento esa melodía en la oscuridad
una partitura hecha trizas por familias
de músicos que ejecutan una justicia
sumaria en cada recodo de la urbe
¡cuánto castigo cabe en sus notas lejanas!

esta augusta catalepsia tiene oídos
para olés y llantos

dequier reinan y dividen las leyes draconianas
contra el tararear furtivo

las reapariciones son
un remolino de hojas
que se revuelca
en el gris del otoño

duelo y vuelo en la santa madrugada,
ojeras de un sueño repleto de agitados acordes
de rencillas con el más allá porque la belleza
no cierre el paso a otras bellezas que se niegan
a marcar el compás,
que niegan el compás,
la máquina de incidentes entreteje
tantos ayes!
tantas manos retorciéndose en desesperados regazos!

esas voces atlánticas se agigantan por los ríos del aire
vuelve una rumba insomne a inundar la orilla del durmiente

nadie debe aferrarse así
a un estribillo
de palabras que no existen
nadie que no esté de más
de más y respirando el acontecimiento
que se extingue en la lejanía de un sonido
has de creer para sentir que tienes algo,
siendo el tener cada vez más decisivo,
y el sentir, apenas sombra del tener,
y no prosigo

es

evitar la sombra
tanto como
evitar la luz

Ahora...

ahora

se abre

el espacio

un orbe quizá cónico

magma y estalactita

un haz de luz se cuele entre las persianas

de la ajena casa

a oscuras

la reduce a dos líneas sin perspectiva

otro elemento prescindible

varios mundos habitan la misma encrucijada

un espacio en fuga perpetua

el ojo se repite en la ventana

la ventana parpadea en el ojo

no importa

sólo el ansia

ha creado esta extensión indetenible

que transita ahí

aquí

después y ahora

hay ejes tal vez cóncavos

rielando el horizonte

ese espacio es un eco: se refleja

es sombra: irradia

en un puño el astro

arden las arenas

desdibujada la geometría en ausentes dimensiones

la espiral inmóvil se precipita por los costados heridos de una grieta

transitorio equilibrio de estos planos
apesadumbrados por su propia superficie
donde prorrumpe el tañido
flotando equidistantes del árbol de la justicia una sombra y otra sombra
lo fugitivo en la mera luz del día

Visto el infierno

visto el infierno desde cierto paraíso
alicaído el ojo
la pena extensa, intensa, eterna
la memoria de lo bien partido
el goce de lo mal habido

los culpables navegan inocentes
los nombres al revés
la esfera al cubo

y viceversa
avistado desde cierto infierno el paraíso

el ojo mecanismo, el ojo paralelo

la cercana lejanía un paseo por la ausencia
la amnesia grave de la gloria
los inocentes deambulan y por allá van los golpes de pecho

todo movimiento es circular
el alma bifronte pestaña

ante el fuego intenso, extenso, eterno

el cuerpo anfibio
los dedos mutilados

señalaban a campo traviesa
por dónde los pasos habían ido y venido
cuando era posible cruzar la valla entretrejida de ex-votos

nadie me conocía
yo tampoco

y canturreaban "torres más altas han caído..."
al son de la jarana

• WASHINGTON DELGADO

Un caballo en la casa

Guardo un caballo en mi casa.
De día patea el suelo
junto a la cocina;
de noche duerme al pie de mi cama.
Con su boñiga y sus relinchos
hace incómoda la vida
en una casa pequeña.
¿Pero qué otra cosa puedo hacer
mientras camino hacia la muerte
en un mundo al borde del abismo?
¿Qué otra cosa sino guardar este caballo
como pálida sombra de los prados abiertos
bajo el aire libre?
En la ciudad muerta y anónima,
entre los muertos sin nombre, yo camino
como un muerto más.
Las gentes me miran o no me miran,
tropiezan conmigo y se disculpan
o me maldicen y no saben
que guardo un caballo en mi casa.
En la noche acaricio sus crines
y le doy un trozo de azúcar,
como en las películas.
Él me mira blandamente, unas lágrimas
parecen a punto de caer de sus ojos redondos.
Es el humo de la cocina o tal vez
le desespera vivir en un patio
de veinte metros cuadrados
o dormir en una alcoba
con piso de madera.
A veces pienso

que debería dejarlo irse libremente
en busca de su propia muerte.
¿Y los prados lejanos
sin los cuales yo no podría vivir?
Guardo un caballo en mi casa
desesperadamente encadenado
a mi sueño de libertad.

Prado de la amargura

Por solitario prado de la amargura
me pierdo y mi reloj
se detiene vencido por estólido,
impenetrable sueño.
Yo no quisiera lamentar ahora
desamparo tan grande
ni acrecentar los llantos
derramados en prados semejantes,
en soledades tales y tamañas.
Debería más bien aproximarme
a la azorada y joven prostituta
que me incita con insistentes mieles
y resplandores mortecinos mientras suelta
sus perfumados cigarrillos
sobre la verde hierba
y al aire sus cabellos de esparcida dulzura.
Pero esta prostituta no es tan joven
sino una avejentada cantonera
de ruinosos arreos,
afeites y sonrisas.
No me atrevo tampoco a lamentarlo
ni a llorar la miseria

de tantas mujerzuelas olvidadas
en prados de amargura cuyo encanto
no apreciaron jamás, aprisionadas
por el eterno tedio
de una noche infinita.
Joven o vieja o pasadera, ha sido
invención de un instante esta buscona
limpiamente esfumada
en el aire ni dulce
ni amargo, ni melancólico
De nada valen máquinas de tiempo
entrecortado, ni empedrados sueños
subcelestes, florales, extraviados
en prados de amargura,
ni antiguas y rugosas bocas
por el amor desbaratadas
y que la noche en vano
engalana con apagadas luces
de aventura secreta.
A tanta soledad yo no le opongo
sino el brillo ensoñado de las aguas
en el cercano estanque.
El posible brillo de las aguas
en el estanque seco.

Bajo la lluvia

Camino bajo la lluvia, sostenido por el aire y con la esperanza, de pisar tierra alguna vez.

Esta lluvia es un sueño que no respeta libros ni recuerdos ni tristezas: Rodeada por un cerco de temperaturas encontradas, cae copiosamente y no sabe otra cosa que caer mientras yo me elevo desesperadamente sin pisar tierra jamás.

Esta lluvia es un sueño de olvido y destrucción que dibujo dulcemente y a riesgo de morir mientras los buenos sentimientos y las bellas palabras y los amores memorables se hunden lastimosamente en las negras aguas desatadas por mi viejo pincel.

Ciudad de Lima: Nunca conocerás el secreto de la lluvia, hecha estás de húmedos engaños, nunca te librarás de tu moribunda primavera y la niebla siempre dibujará un bigote inútil encima de tu boca.

Te morirás ciudad de Lima y yo caminaré aún bajo la lluvia que moja, deshace y no perdona libro, recuerdo ni tristeza.

• M A R I E L A D R E Y F U S

Creces en mí...

Creces en mí como el fruto que devorado con fruición florece

Una liana una antorcha una anguila

Aferrado a mi entraña respirando mi aliento revolviendo en el agua

Haces de mi centro una esponja un recinto invadido de ese sopor que en
tu inocencia ignoras

Semilla que consumí en una noche apasionada y fría

Polen de mis amores de mi darme y de mi estarme enamorada y fiel

Avanza en tu gestación...

Avanzas en tu gestación y en la ciudad el peligro se gesta

Crece la vida en el noveno mes de este año impar en sus guarismos: cero
uno cero uno cero uno

Y tú que eras la nada el cero el huevecillo de pronto aúmas células y
huesos y te tejes

En mi casa interior te tejes protegido del sol te tejes inventando tu
forma cauto tejes

Al trasluz tus dos brazos se agitan tus dos piernas ya danzan tus porosos
pulmones aspiran expiran aspiran

Aso man por un canal...

Aso man por un canal metálico y angosto. Es una procesión de famélicos peces que a falta de vigor casi se arrastran, como arañando en un mar vacío. Mi hijo cierra la marcha y sonríe. De pronto se distingue un elevado resplandor violeta, inmensa nube de humo presagiando. Tosen y se atosigan los minúsculos peces; el agua del canal presta se tiñe. Pienso en sus vértebras, cartílagos aún, y en sus pulmones. Aspiro el aire que me queda, me lo trago; luego se lo entrego boca a boca a mi hijo, esperando que el beso le devuelva el oxígeno ausente y lo reviva. Oigo una voz en off riendo que me advierte: "El pez respira por agallas o branquias/ por branquias o agallas respira el pez". Mi hijo empieza a hincharse a mi costado; sus branquias saturadas de aire no resisten. No lo asfixia el humo mas mi exceso; estalla por exceso de amor a mi costado. El oscuro canal ahora arrastra partículas del pez que era mi hijo. Voy contando jirones uno a uno; abro los ojos cuando llego a cien.

Ahora tú y yo...

Ahora tú y yo juntos hemos de remontar el río de la muerte

Mi cuerpo dispuesto al sacrificio se tiende en esta ara de metal que es la camilla helada en su quietud pero ardiente en el fluir que recorre mis piernas

Agua agua que se desliza brota de mi interior y se derrama

Huele a materia humana al miasma mineral que ha de traerte aquí a mi dormido despierto

Tu cuerpo solo viaja nada empuja hacia el canal abierto de mi carne

Tu cabeza de pronto colocada

Respiro respiramos violencia en la ranura vertical luego la huida:

Huyes huyes de mis entrañas de sus crípticas vueltas que semejan
oscura ciudad amenazada

Apareces despuntas y desatas el oblicuo cordón de nuestro pacto

Hijo mío naciente el esperado al fin eres por fin habrás de ser las formas
que intuí cuando anidabas

Y es tu pecho húmedo contra el mío la evidencia del erótico pulso de la
sangre crecido en mí y recreado a mi imagen y aun mi semejanza

Un sosías de mí y también otro semejante al padre y a la madre semejante
a la especie que repite el constante el dulce apareamiento

Etéreo cielo altas humaredas que en el día de hoy juntos celebran al
anunciado infante ya nacido:

Apaciguado está un instante el caos y ya asoma en el cieno una flor y en los
escombros la palabra cumplida el nuevo fruto la música ventrílocua y
canora

Pez que en silencio encarna y se aposenta infinito y minúsculo milagro río
de cromosomas anudado por el azar el tiempo y la memoria:

Eres porque te sueño y te acaricio te imagino y moldeo y en ti nazco

• MARCO MARTOS

El aroma de las casas

Huelo mis casas.
Me dicen que fui feliz
en la primera y ése es mi recuerdo:
el de los otros.
Había un corredor
repleto de macetas, jazmines de la noche,
fantasmas del olor y del silencio
y un ejército de tías armadas
con sonrisas, flores secas
y cartas de amor desvaídas
en sus libros de oraciones.
La segunda casa es la que amo.
Me cuentan que derribaron un árbol
en el patio y ese dolor me acompaña
cada día.
Por ahí deambula todavía
en las noches mi hermano muerto
tan, tan niño.
Permanece ahí en los altos
mi abuelo materno, aventurero,
y mi abuela paterna, en los bajos,
con sus ojos
negrísimos dando luz en lo más oscuro.
Pero ambos también murieron.
Me acuerdo del dolor y de la pompa
de sus entierros.
Conozco sus manos
y sus palabras de memoria.
Tengo
una reserva de afecto secreta
en lo ignoto y desaparecido

ahora que son sólo un nombre
que repito.
Mi padre iba y venía sin cansarse.
Mi madre hacía lo mismo
y más todavía, como se sabe.
Es horrible que muera tu madre,
es horrible que muera tu padre,
nadie puede contártelo.
Podría escribir la historia
de otras casas, pero la pena
sería muy grande.

Prefiero
callarme, ahora que no tengo casa
ni lenguaje inteligible
y atravieso Babel
para lamer tu mano,
como un perro fiel
que te bendice.
Hueles a jazmín,
como el que había
en mi primera casa.

El fantasma de pura luz

Un fantasma de pura luz
ilumina los objetos.
Nadie lo ha visto.
Se habla de él únicamente
porque alguien pregunta.
De otro modo, ninguna palabra
lo nombrara.
Pensemos en el espejo

que no tiene objetos delante.
Nada reflejaría,
pero sería luminoso.
No es el ser
ni el no ser,
ni el bien
ni el mal,
no tiene límites,
no piensa en el vacío.
Quien ha visto esa luz
sabe que se semeja a la quietud
en medio del ruido de los combates.
Aunque numerosos iluminados
como los granos de arena del río más hermoso,
la saluden, permanece indiferente,
sin una señal de felicidad,
y si una desgracia sacude
a miles de hombres,
se quedará inmóvil
y parecerá
que ningún dolor agitara su espíritu.
Así es Dios, ininteligible
para los hombres,
permanente milagro,
dimensión desconocida.

El sol negro de la melancolía

Miro el mundo
con el vidrio opaco
que me ha dado
la muerte.
La rosa es bella,
pero ¡tan extraña!
¡tan efímera!
No sé qué hacer con ella.
Y tú ¿qué haces con nosotros?
oh Dios,
¿con qué vidrio nos miras?
¿cómo nos juzgas?
Tú eres mi Dios,
tú que todo lo aniquilas.

• MARIO MONTALBETTI

El tamaño del río

II

lo que tienes entre manos no dice nada

se vuelve cosas diversas se pierde entre las piedras

se vuelve un hueso con buena letra

se vuelve la línea del horizonte en invierno

se vuelve un enigma alado y un pétalo

trabado en la verbosa solapa de tu terno

se vuelve cosas diversas

y una vez vuelto todo lo distinto

se vuelve contra sí

se mastica se come se digiere

como la boca de un nuevo instinto

el tamaño exacto del río es

el tamaño exacto del pez

se vuelve una pestaña en su batir pasmada

se vuelve una forma

de migraña que sobrecoge al cerro

el poema ase de afuera al verso

que crece adentro el poema es el perro

que ladra y el verso el ladrido inmerso

el pez no sabe lo que es ser
una herramienta del destino

del tamaño exacto del río

Las esperas

nieva en Lima en Pasco las playas

son trópicos de altura
Machu Picchu no es de piedra

sino de coral rojo
el Pacífico es una dársena en La Oroya

en Pacasmayo el muelle es una aguja

magnetizada que siempre apunta al centro
los pongos son adivinanzas

que nadie sabe adivinar
cerca de Quincemil hay un telescopio

que apunta cerca al sol
Ica es por fin

un inmenso campo de tulipanes

Poema dejado en prenda por un juguete

un extenso vocabulario técnico en boca de mujeres
me excluye

belleza acaso
ballenas en procesión rompiendo la línea del horizonte
maravillosos mamíferos
que se supone debo considerar

con interés
junto con esos cantos interminables
que no logro descifrar
una vez más un extenso vocabulario técnico

me excluye y todo es natural
posiblemente

sigo el ritmo con los dedos pero no soy parte
de nada de esto

belleza acaso
deforme como la nube que se hincha sobre el ciprés

un ruido fingido
una voz metálica brotando del vientre de una muñeca
mi nombre soy me llamo es

un idioma enconado lleno de raíces tuberosas
que hiervo en agua salada

y una vez más la naturalidad
de la mano que traza un círculo de tiza en la vereda

el lugar al que no puedo ir

que solamente puedo amar

me enteraré en su momento si todos estos procesos
interiores
valen la pena
o si son simplemente inevitables

• JOSÉ WATANABE

La piedra del río

Donde el río se remansaba para los muchachos
se elevaba una piedra.

No le viste ninguna otra forma:
sólo era piedra, grande y anodina

Cuando salíamos del agua turbia
trepábamos en ella como lagartijas. Sucedió entonces
algo extraño:

el barro seco en nuestra piel
acercaba todo nuestro cuerpo al paisaje:
el paisaje era de barro.

En ese momento
la piedra no era impermeable ni dura:
era el lomo de una gran madre
que acechaba camarones en el río. Ay poeta,
otra vez la tentación
de una inútil metáfora. La piedra
era piedra
y así se bastaba. No era madre. Y sé que ahora
asume su responsabilidad: nos guarda
en su impenetrable intimidad.

Mi madre, en cambio, ha muerto
y está desatendida de nosotros.

La piedra alada

El pelicano, herido, se alejó del mar
y vino a morir
sobre esta breve piedra del desierto.
Buscó,
durante algunos días, una dignidad
para su postura final:
acabó como el bello movimiento congelado
de una danza.

Su carne todavía agónica
empezó a ser devorada por prolijas alimañas, y sus huesos
blancos y leves
resbalaron y se dispersaron en la arena
Extrañamente
en el lomo de la piedra persistió una de sus alas,
sus gelatinosos tendones se secaron
y se adhirieron
a la piedra
como si fuera un cuerpo.

Durante varios días
el viento marino
batió inútilmente el ala, batió sin entender
que podemos imaginar un ave, la más bella,
pero no hacerla volar.

Fábula

En el cauce del río seco
una espigada yegua orina sobre un sapo agradecido.
Yo, que voy de paso, sonrío y recuerdo
una antigua ley de compensaciones
de la magia: más feo el sapo
más bello y deslumbrante el príncipe.

Ay, pero la abundante orina de la yegua no es amor
y, aunque amorosamente regada,
no rompe los hechizos más perversos:
es sólo un poco de agua ácida en esta sequedad solar.

La yegua se aleja trotando aliviada, moviendo
las ancas
como una muchacha. Yo voy por los espinos resecos
recordando al sapo:
el pobre no tenía encantamiento
y se quedó solo
y soportando su fealdad inmutable
y ahora meada.

Los gorriones

El trinar de los gorriones entró por la ventana abierta,
pero yo desperté lleno de brumas: casi hasta el amanecer
busqué palabras sin provecho de belleza.
Los gorriones cantan una cascada
de notas rápidas y precisas.
Ellos ya resolvieron su problema
y cantan por oficio de sus cuerpos.

• EDUARDO URDANIVIA

La poesía

La voz había entrado como nube por la boca

J.L.L. "XXI"

Aguja de Diversos

Ahora las palabras
Vuelven a ser sólo el nombre de las cosas
A veces uno mira con ojos de azufre
Y las olas son sandalias de espuma
La arena un cuerpo deseoso
Y el crepúsculo apenas un remedo de la piel que se ama
Pero hay un tiempo en que el mundo
Se vuelve sólo mundo
El cuerpo sólo un cuerpo
Enredado en otro cuerpo
Y la poesía un enigma resuelto.

Narciso

La frase vana vuelve y se concierta

J.L.L. Comienzo el Humo

El poema se insinúa en los labios
Se va nombrando a sí mismo poco a poco
Busca el glande sedoso de una pluma
Para entrar en el mundo balbuceando
Pedazos de sabe Dios qué incertidumbres
En su afán de libertad
Se encarcela en páginas anónimas
Era más libre cuando era

Silencio en el silencio
Fue su desgracia el contemplarse
Desnudo ante el espejo
De una voz asombrada
Al verlo en blanco y negro.

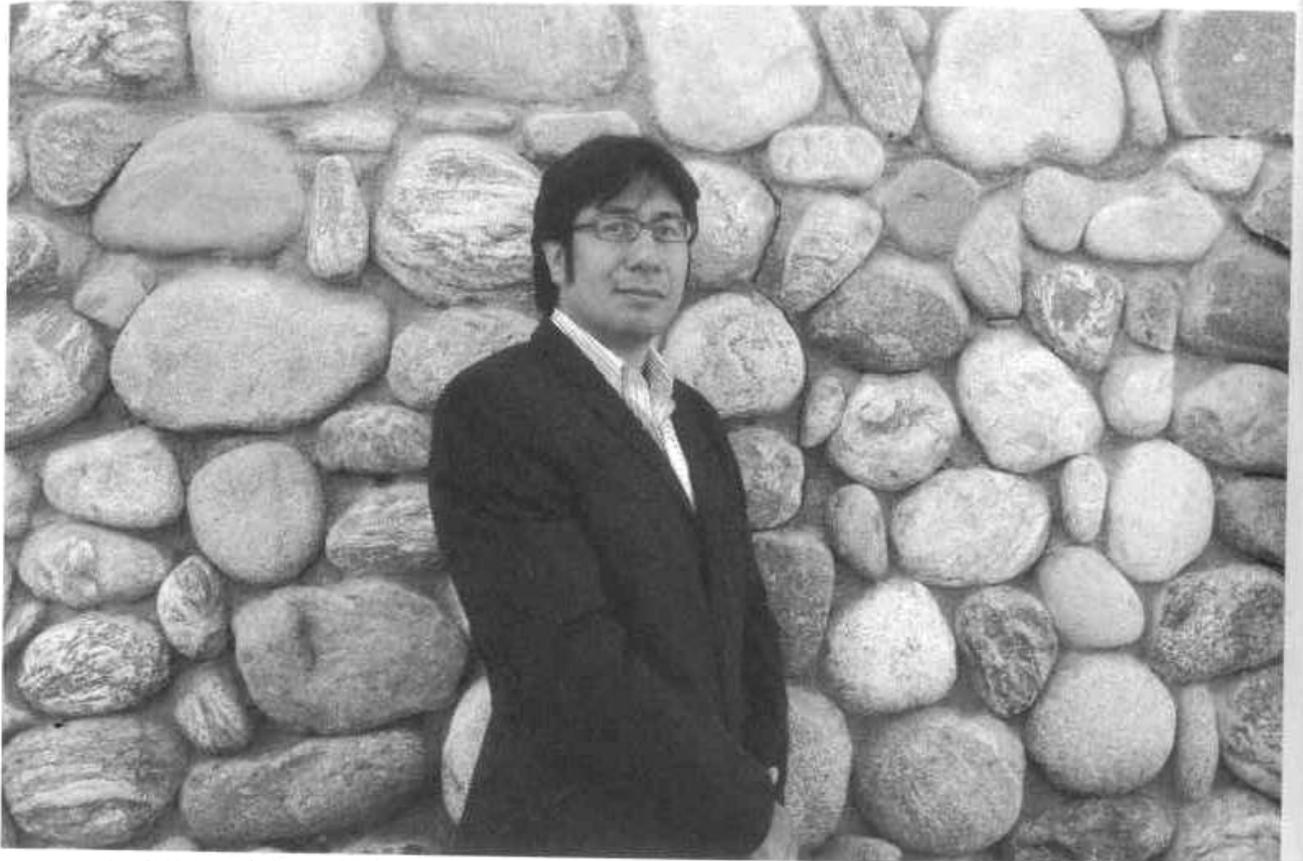
Oración

Ya no es hora de mirar
J.L.L. La mañana, que no es mía

Para vivir
Debo dejar mi corazón abierto
Como un jardín
Como un abanico que se entrega al aire
A carcajadas
Como una boca que vence con un beso
La feroz dentellada de la mentira
Para vivir
Debo dejar mi corazón abierto
Como el oído de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

- Burgos, Elqui. (2005) *El Cristo de Elqui*. Lima. Universidad San Martín de Porres.
- Cisneros, Antonio. (2005). *Un crucero a las islas Galápagos (nuevos cantos marianos)*. Lima: Feisa
- Chiri, Sandro. (2004) *Viñetas*. Lima: ASCHJ Editor
- Chocano, Magdalena. (2005). *Contra el ensimismamiento (partituras)*. Barcelona: Publidisa
- Delgado Tresierra, Washington. (2003). *Cuán impunemente se está uno muerto*. Barcelona: La Poesía, señor hidalgo
- Dreyfus, Mariela. (2005). *Pez*. Lima: SantoXoficio.
- Juan Cristóbal. (2002). *Memoria de lo infame*. Lima: Arte-Reda.
- Martos, Marco. (2006). *Aunque es de noche*. Lima Hipocampo Editores.
- Montalbetti, Mario (2002). *Llantos elíseos* Lima: ediciones El Virrey
- Urdanivia Bertarelli, Eduardo. (2005) *Conversaciones con Lezama*. Premio "COPE" de bronce 2003. Lima. PetroPerú.
- Watanabe, José. (2005). *La piedra alada*. Lima: Feisa



Julio Villanueva Chang, Mérida, 2005

Foto Vasco Szinetar



Santiago Roncagliolo, Guadalajara, 2006

Foto: Vasco Szinetar